

COLABORADORES DE DIOS

Por el mismo motivo como está ordenado por la ley de Dios que los hijos honren, obedezcan y sirvan a sus progenitores, también es obligación y oficio propio de los padres enseñar a los hijos unos principios y conducta limpios, proporcionándoles las normas prácticas para comportarse dignamente, de manera que, formados e instruidos según la religión, veneren a Dios santa e inquebrantablemente ¹.

La misión de los padres

Este segundo aspecto del cuarto mandamiento es como el reverso y garantía de los deberes de piedad filial ordenados expresamente por las palabras del precepto: *honra a tu padre y a tu madre* ². Por ley natural, posee además mayor fuerza e imperio, en cuanto que la labor de los pa-

(1) *Catecismo Romano*, parte III, cap. V, n. 21.

(2) *Exod.* XX, 12.

dres ejerce un influjo considerable en la formación de la conciencia y desarrollo de los hábitos de sus niños. Por eso recuerda el Apóstol que *no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos* ³.

Se trata de un deber moral establecido por Dios al instituir el matrimonio como *principio y fundamento de la familia y, por consiguiente, también de la comunidad humana* ⁴. Con ese fin, dotó al contrato matrimonial de unos bienes y propiedades específicos, como la unidad y la indisolubilidad, de modo que, *por índole natural, la institución del matrimonio y el amor de los esposos están ordenados a la procreación y a la educación de la prole, con la que se ciñen como con su propia corona* ⁵.

Entre todos los bienes del matrimonio —el amor, la fidelidad, la ayuda mutua...— los hijos ocupan el primer lugar. *Los hijos son, sin duda, el don más excelente del matrimonio, y contribuyen muchísimo al bien de los propios padres. El mismo Dios que dijo: “no es bueno que el hombre esté solo” ⁶ y que “desde el principio (...) hizo al hombre varón y mujer” ⁷, queriendo comunicarles una participación especial en su propia obra creadora, bendijo al varón y a la mujer diciendo: “creced y multiplicaos” ⁸. De ahí que el cultivo auténtico del amor conyugal y toda la estructura de la vida familiar que del mismo deriva, sin dejar de lado los demás fines del matrimonio, tienden a capacitar a los esposos para que cooperen con fortaleza de espíritu con el amor del Creador y Salvador, quien por medio de los padres aumenta y enriquece diariamente a su propia familia* ⁹.

A través del matrimonio, el Señor llama a los hombres a participar de su omnipotencia, sabiduría y amor. Dios cuenta con los padres como instrumentos de su infinita bondad, no sólo para que conciban un cuer-

(3) II Cor. XII, 14. Aunque a lo largo del texto se hará referencia exclusiva a los padres, los demás miembros de la familia —abuelos, hermanos...— participan, en mayor o menor grado, de los derechos y deberes contenidos en el cuarto mandamiento.

(4) Pío XI, Litt. enc. *Casti Connubii*, 31-XII-1930. *La misión de ser la célula primera y vital de la sociedad, la familia la ha recibido directamente de Dios* [(Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 11; Cfr. Concilio de Trento, sess. XXIV, D. 969 s (1797 s)].

(5) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 48; Cfr. San Agustín, *De bono coniugali* 24, 32; Santo Tomás, S. Th. Suppl. q. 49 a. 3 ad 1; Concilio Florentino, decr. *Exultate Deo* (pro Armenis), D. 702 (1327); Pío XI, Litt. enc. *Casti Connubii*, 31-XII-1930, D. 2227-2238 (3703-3714).

(6) Genes. II, 18.

(7) Matth. XIX, 4.

(8) Genes. I, 28.

(9) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 50.

po en donde El infundirá un alma espiritual, sino también para que la nueva criatura que ha sido llamada a la existencia, crezca, se desarrolle, y reciba todos los auxilios necesarios para alcanzar la santidad de vida de los hijos de Dios.

Efectivamente, *el bien de la prole no se acaba con la procreación; debe añadirse otro, consistente en su debida educación. Poco en verdad se habría cuidado el sapientísimo Dios de los hijos engendrados y, en consecuencia, de todo el género humano, si no hubiese concedido también el derecho y el deber de educar a aquéllos a quienes había dado la potestad y el derecho de engendrar. Es sabido que la prole no se basta a sí misma, que no puede proveer ni siquiera a las necesidades que afectan a la vida natural, y mucho menos a las que tocan al orden sobrenatural; durante muchos años necesita del auxilio, de la instrucción y de la educación de los demás. Es obvio que, por mandato de la naturaleza y de Dios, este derecho y deber de educar a los hijos compete, en primer lugar, a los que iniciaron la obra de la naturaleza engendrándolos, y que tienen terminantemente prohibido exponer a una ruina cierta lo comenzado, dejándolo imperfecto*¹⁰.

Esta misión que el Señor ha confiado a los padres es primaria y esencial. No en el sentido de que deban facilitar a los hijos sólo una especie de rudimentos, un mínimo indispensable para su supervivencia; sino que han de proporcionar los principios fundamentales sobre los que se asiente la ulterior formación que cada uno, personalmente y con la ayuda de diversas instituciones sociales, vaya adquiriendo a lo largo de los años. Y como *la vida humana y la misión de transmitirla no se limita a este mundo, ni puede ser conmensurada y entendida a este solo nivel, sino que siempre mira al destino eterno de los hombres*¹¹, la cooperación de los padres tiene como objetivo último la santidad de los hijos. *Dios quiere que nazcan hombres no sólo para existir y poblar la tierra, sino principalmente para que lo adoren a El, para que lo conozcan y amen, y gocen, por último, de El eternamente en el Cielo*¹². Nuestro Padre lo recordaba continuamente a los padres y madres de familia:

(10) Pío XI, Litt. enc. *Casti Connubii*, 31-XII-1930, D. 2230 (3706).

(11) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 51.

(12) Pío XI, Litt. enc. *Casti Connubii*, 31-XII-1930.

traer hijos al mundo lo hacen también las bestias, y vosotros no os conformáis con eso: deseáis darles vuestro ideal, vuestra fe, vuestra conducta limpia, y tantas virtudes estupendas como vivís en el seno de vuestras familias ¹³.

Por ordenación divina, entre otros, son deberes de los padres *amar, alimentar y mantener a sus hijos, proveer a su educación religiosa y civil, darles buen ejemplo, alejarlos de las ocasiones de pecado, corregirles de sus defectos y ayudarles a abrazar el estado a que Dios los llama* ¹⁴. En síntesis, el ámbito de la misión paterna y materna abarca desde los cuidados físicos —que comienzan antes de la misma concepción de la descendencia, por ejemplo con una conducta prematrimonial limpia y casta— y la preocupación por su bienestar terreno —proporcionándoles un hogar confortable y alegre, sereno; un futuro profesional...—, hasta la instrucción religiosa y moral, procurando cuanto antes la incorporación de los hijos a la Iglesia, mediante el sacramento del Bautismo, por el que se borra el pecado original y el Espíritu Santo toma posesión del alma del niño ¹⁵.

Son obligaciones graves, que no pueden desatenderse bajo pretexto alguno, porque también de su cumplimiento depende el bienestar temporal y la salvación eterna de las criaturas que Dios confía a cada familia. Los padres que descuidan sus deberes, además de ocasionar un daño al cuerpo y al alma de sus hijos, ofenden a Dios, en cuanto que le niegan su colaboración para llevar a término la obra glorificadora y santifica-

(13) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 812.

(14) *Catecismo de San Pío X*, n. 405. *Siempre fue deber de los esposos, pero hoy constituye la parte más importante de su apostolado, manifestar y demostrar con su vida la indisolubilidad y santidad del vínculo matrimonial; afirmar con valentía el derecho y la obligación que los padres y tutores tienen de educar cristianamente a la prole; y defender la dignidad y legítima autonomía de la familia* (Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 11). *Es deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan. Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y los deberes del sacramento del matrimonio, importa que los hijos aprendan desde los primeros años a conocer y a adorar a Dios y a amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo. Encuentren en la familia la primera experiencia saludable de una sociedad humana y de la Iglesia. Por medio de la familia, en fin, se introducen fácilmente en la sociedad civil y en el Pueblo de Dios. Consideren, pues, los padres la importancia que tiene la familia verdaderamente cristiana para la vida y el progreso del mismo Pueblo de Dios* (Concilio Vaticano II, decl. *Gravissimum educationis*, n. 3).

(15) A este respecto la norma disciplinar eclesial vigente dice: *bautícese cuanto antes a los párvulos; y los párrocos y predicadores amonesten frecuentemente a los fieles acerca de esta grave obligación que tienen* (C.I.C. can. 770). Y el *Catecismo Romano* (parte II, cap. II, n. 34) enseña: *como los niños, si no son bautizados, no tienen otro medio para conseguir la salvación, es fácil conocer cuán grave culpa se cargan aquéllos que los dejan carecer de la gracia del Sacramento por más tiempo del que pide la necesidad, mayormente cuando por lo tierno de la edad están expuestos a innumerables riesgos de la vida.*

dora iniciada al traer al mundo una nueva criatura ¹⁶. En igualdad de circunstancias, ese pecado es tanto más grave cuanto mayor sea el daño material y espiritual causado a la prole —y, en consecuencia, a toda la sociedad—, por la omisión de los debidos cuidados.

En las enseñanzas de Nuestro Señor, los niños ocupan un lugar destacado. El los acoge y bendice personalmente ¹⁷, los propone como modelo ¹⁸, y nos invita a atenderles —*no despreciéis a ninguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus Angeles en los Cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial* ¹⁹— y a cuidarles —*cualquiera que acogiere a este niño por amor mío, a Mí me acoge* ²⁰—, recordándonos que uno de los pecados que más abomina es el escándalo, que corrompe las almas de los niños: *quien escandalizare a uno de estos parvulillos que creen en Mí, mejor le sería que le colgasen al cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y así fuese sumergido en lo profundo del mar* ²¹.

Sentido vocacional de la paternidad

La tarea de educar a los niños para facilitarles el camino hacia la plenitud de la gloria de los hijos de Dios, exige preparación y una gracia específica. El Señor la concede a los esposos cristianos por medio de un sacramento. *El matrimonio está hecho para que los que lo contraen se santifiquen en él, y santifiquen a través de él: para eso los cónyuges tienen una gracia especial, que confiere el sacramento instituido por Jesucristo. Quien es llamado al estado matrimo-*

(16) Basta considerar que, para el fruto concebido por la unión de los esposos, Dios crea inmediatamente y de la nada un alma espiritual e inmortal [(Cfr. Anastasio II, ep. *Bonum atque iucundum*, 23-VIII-498, D. 170 (360); S. León IX, ep. *Congratulamur vehementer*, 13-IV-1053, D. 348 (685); Pío XII, Litt. enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2327 (3896))].

(17) Cfr. *Matth.* XIX, 14-15.

(18) Cfr. *Matth.* XVIII, 3.

(19) *Matth.* XVIII, 10.

(20) *Luc.* IX, 48.

(21) *Matth.* XVIII, 6.

nial, encuentra en ese estado —con la gracia de Dios— todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo, y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive²². En una palabra, para ser instrumentos idóneos, capaces de modelar la personalidad de sus hijos según el querer de Dios.

Además de la gracia sacramental, para secundar los propósitos divinos —por otro lado, diversos para cada hijo—, los padres necesitan una docilidad, una prontitud y un saber hacer y dejar hacer, que —como todos los hábitos virtuosos humanos— se adquieren mediante esfuerzo personal. Han de prepararse a la misión específica que Dios les ha confiado, poniendo todos los medios humanos y sobrenaturales a su alcance. Es otra manifestación de que la gracia no prescinde de la naturaleza: lo sobrenatural se apoya en las condiciones naturales para actuar con mayor eficacia. Hay que evitar la triste paradoja de que, *mientras que a los oficios y a las profesiones de la vida temporal y terrena, que son ciertamente de menor importancia, preceden largos estudios y una preparación cuidadosa; en cambio, para la tarea y el deber fundamental de la educación de los hijos, muchos padres y madres —demasiado sumergidos en las preocupaciones temporales— están poco o nada preparados*²³. Por eso, Nuestra Madre la Iglesia ha subrayado como un punto de suma importancia que no sólo se eduque a las nuevas generaciones con una formación cultural y religiosa cada día más perfecta —lo que constituye un deber y un derecho de los padres—, sino que, además, es necesario que se les inculque un profundo sentido de responsabilidad en todas las manifestaciones de la vida, y, por tanto, también en orden a la constitución de la familia y a la procreación y educación de los hijos²⁴.

Argumento preponderante de esa formación es mostrar a todos el sentido vocacional del matrimonio, de la vida de hogar. Ha sido ésta

(22) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 91. Esta doctrina ha sido recogida por el Concilio Vaticano II: los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios (const. past. *Gaudium et spes*, n. 48).

(23) Pío XI, Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929.

Para que la gracia del sacramento despliegue todo su poder se necesita la cooperación de los cónyuges, que debe consistir en trabajar con todo empeño en cumplir diligentemente con sus obligaciones (Pío XI, Litt. enc. *Casti Connubii*, 31-XII-1930).

(24) Juan XXIII, Litt. enc. *Mater et magistra*, 15-V-1961.

una de las tareas que, a través de nuestro Fundador, Dios ha querido confiar a su Obra. *El Opus Dei ha hecho del matrimonio un camino divino, una vocación, y esto tiene muchas consecuencias para la santificación personal y para el apostolado* ²⁵. Para descubrirlas y aplicarlas al quehacer cotidiano de una familia, *es importante que los esposos adquieran sentido claro de la dignidad de su vocación, que sepan que han sido llamados por Dios a llegar al amor divino también a través del amor humano; que han sido elegidos, desde la eternidad, para cooperar con el poder creador de Dios en la procreación y después en la educación de los hijos; que el Señor les pide que hagan, de su hogar y de su vida familiar entera, un testimonio de todas las virtudes cristianas* ²⁶.

Desde esta perspectiva es más asequible que los padres entiendan la responsabilidad y alcance de su misión formadora, y se tomen en serio —con profundo empeño personal— el hecho de ser, por voluntad divina, los principales educadores de sus hijos. Podrán, y muchas veces deberán, pedir y aceptar la colaboración de otras personas e instituciones —dentro y fuera del ámbito familiar—, pero sin hacer nunca dejación de unos derechos que han recibido de Dios, y que han de administrar con prudencia y lealtad ²⁷.

La educación en el hogar

Todas las obligaciones que trae consigo la vocación de los padres se ordenan, más o menos directamente, a facilitar a los hijos el cumpli-

(25) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 91.

(26) *Ibid.*, n. 93.

(27) *Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y, por tanto, hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse* (Concilio Vaticano II, decl. *Gravissimum educationis*, n. 3). *Es necesario que los padres, cuya primera e intransferible obligación y derecho es educar a los hijos, gocen de absoluta libertad en la elección de las escuelas* (*Ibid.*, n. 6). Sin embargo, *tienen los padres cristianos obligación de confiar sus hijos, en el tiempo y lugar que puedan, a las escuelas católicas, de sostenerlas con todas sus fuerzas y de colaborar con ellas en bien de sus propios hijos* (*Ibid.*, n. 8). Por escuela católica no se entiende la que sin más lleve ese título, ni basta que dé una instrucción religiosa (...); es preciso que toda la enseñanza y educación, la organización misma de la escuela, es decir, los profesores, métodos y libros, en lo que afecta a cualquier disciplina, estén imbuidos y penetrados de espíritu cristiano (Pío XI. Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929).

miento del fin sobrenatural para el que han sido creados y redimidos. La familia, por su misma naturaleza, es el primer ambiente donde se despliega y madura la personalidad. *Por este motivo, normalmente, la educación más eficaz y duradera es la que se recibe en una familia cristiana bien ordenada y disciplinada; formación tanto más eficaz, cuanto más claro y constante resplandezca el buen ejemplo, sobre todo de los padres, y el de los demás miembros de la familia* ²⁸.

El ejemplo es decisivo. La palabra es importante y necesaria para transmitir tantas verdades y experiencias que de otro modo sería difícil comunicar. Pero la palabra es limitada, y su capacidad de influir en la conducta depende de muchas condiciones. El ejemplo, en cambio, es más inmediato y constante; tiene la fuerza de lo concreto, de lo que se experimenta de modo habitual; se ofrece además como algo asequible. Pocos argumentos son tan persuasivos como contemplar hecho vida lo que se propone en cuanto modelo. Dirigiéndose a los padres y madres de familia, nuestro Padre insistía en la influencia del ejemplo familiar: *desde el primer momento, los hijos son testigos inexorables de la vida de sus padres. No os dais cuenta, pero lo juzgan todo, y a veces os juzgan mal. De manera que las cosas que suceden en el hogar influyen para bien o para mal en vuestras criaturas. Procurad darles buen ejemplo, procurad no esconder vuestra piedad, procurad ser limpios en vuestra conducta: entonces aprenderán, y serán la corona de vuestra madurez y de vuestra vejez. Sois para ellos como un libro abierto* ²⁹. Los hijos han de encontrar, en la vida de sus padres, lecciones de sinceridad, de lealtad, de amor a la libertad y responsabilidad personal, de fortaleza, de laboriosidad, de alegría y optimismo, de comprensión y de amor.

Capítulo delicado y a la vez importantísimo es la introducción en la vida de piedad, de trato con Dios. Jesucristo nos ha enseñado que Dios es Nuestro Padre, y el Espíritu Santo nos mueve a comportarnos de acuerdo con nuestra condición de hijos de Dios. Pero los padres, y sobre todo en la medida en que vivan bien su paternidad, pueden facilitar u obstaculizar que en sus hijos germine una conducta cristiana funda-

(28) Pío XI, Litt. enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929.

(29) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 783.

mentada en el sentido de la filiación divina. *En todos los ambientes cristianos se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da esa natural y sobrenatural iniciación a la vida de piedad, hecha en el calor del hogar. El niño aprende a colocar al Señor en la línea de los primeros y más fundamentales afectos; aprende a tratar a Dios como Padre y a la Virgen como Madre; aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuando se comprende eso, se ve la gran tarea apostólica que pueden realizar los padres, y cómo están obligados a ser sinceramente piadosos, para poder transmitir —más que enseñar— esa piedad a los hijos* ³⁰.

El Catecismo Romano pone en guardia a los padres contra algunos defectos, en los que más ordinariamente pueden tropezar en la educación de los hijos. *El primero es que no les hablen ni los traten con demasiada aspereza. Así lo manda el Apóstol, escribiendo en la epístola a los Colosenses: “padres, no provoquéis a indignación a vuestros hijos, para que no se vuelvan de ánimo apocado”* ³¹. *Porque si en todo temen, se corre el riesgo de que salgan acobardados y pusilánimes. Por eso les manda que eviten el rigor excesivo, y que busquen más corregir que castigar a sus hijos* ³². Nuestro Padre lo explicaba de muchos modos prácticos; como cuando aconsejaba a padres y madres que se ganaran la amistad y el afecto de sus hijos: *escuchadles, tratadlos de hombre a hombre, con cariño, con afecto, con comprensión* ³³. Sobre todo insistía en que no desacreditaran su autoridad enfadándose, perdiendo la calma. *Cuando pierdas la serenidad, cállate, que después te arrepentirás de haber hablado. Cuando estés serena, bien encomendada a Dios —aconsejaba a una madre de familia—, cógelos a solas, y háblales con confianza, con naturalidad* ³⁴. Estos y otros semejantes, son modos de hacer que se adoptan sin esfuerzo cuando se tiene en cuenta que *las almas de vuestros chiquillos son lo primero; después viene todo lo demás* ³⁵.

También previene el Catecismo contra el defecto contrario, la blan-

(30) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 103.

(31) *Colos.* III, 21; *Ephes.* VI, 4.

(32) *Catecismo Romano*, parte III, cap. V, n. 22.

(33) De nuestro Padre, *Dos meses de catequesis*, II, p. 811.

(34) *Ibid.*, p. 810.

(35) *Ibid.*, p. 792.

denguería. *Si cometen alguna culpa que exige una reprimenda y castigo, no les perdonen por floja condescendencia, pues muchas veces se pierden los hijos por la misma blandura y debilidad de los padres* ³⁶. *En la educación de vuestros hijos*, decía nuestro Fundador a los padres y madres de familia, *debéis compaginar la libertad y la autoridad* ³⁷. Son una experiencia patente los resultados de una pedagogía que todo lo consiente, todo lo permite, todo lo acepta y, en consecuencia, no enseña a discernir los límites entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo mandado y lo permitido, lo conveniente y lo inoportuno. La libertad, para que sea fecunda y no degenera en la arbitrariedad o en el capricho, necesita gobernarse según normas y criterios. *Procurad* —aconsejaba nuestro Padre— *que los niños aprendan a valorar sus actos delante de Dios. Dadles motivos sobrenaturales para que discurran, para que se sientan responsables; y no les mostréis desconfianza. Es preferible que os engañen alguna vez, a que destrocéis el cariño y la unión que tienen con vosotros* ³⁸.

Debéis administrar la libertad de los hijos, según la edad que tengan. No podéis tratar a todos de la misma manera. La justicia exige que tratéis de manera desigual a los hijos desiguales, pero de modo que no tengan celos ³⁹.

Más importancia que el estilo de la educación familiar tiene el contenido. Toda la labor dentro del hogar debe estar orientada a poner a los hijos en condiciones de caminar solos por la vida, prepararles para que se valgan por sí mismos. Los padres disponen de un tiempo limitado para modelar el carácter de sus niños, antes de que éstos se independicen del protector ambiente familiar y se vean obligados a decidir su comportamiento y resolver por su cuenta las dificultades profesionales, culturales, sociales... En esas circunstancias, la formación recibida en el hogar ejerce un peso benéfico determinante, si los padres se han preocupado de inculcar principios sólidos y criterios morales auténticamente cristianos, tanto en la teoría como en la práctica.

Es éste un aspecto esencial de la educación familiar, que en nuestros

(36) *Catecismo Romano*, parte III, cap. V, n. 22.

(37) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 783; Cfr. p. 785.

(38) *Ibid.*, p. 783.

(39) *Ibid.*, p. 785.

tiempos se ha hecho más urgente, ante la ola de materialismo y hedonismo que se difunde con medios diabólicamente eficaces, que oscurecen y corrompen las conciencias. La perversión de costumbres en algunos ambientes hace difícil sustraerse a la influencia nociva de los enemigos de siempre —el mundo, el demonio y la carne— y obliga a luchar contracorriente, venciendo respetos humanos y el furor de una sistemática campaña atea y anticristiana. En estas condiciones, unos principios inseguros —como si fuesen opiniones— o mal asimilados, y una piedad más sentimental que teológica, constituyen una defensa precaria, frágil; así se explican, en algunos casos, tristes situaciones en no pocos hogares cristianos.

La educación dentro de la familia ha de ser coherente. Debe infundir una sólida unidad de vida. La doctrina cristiana sobre Dios, los hombres y las realidades terrenas, ha de presidir todas las manifestaciones de la convivencia hogareña. Es una contradicción, por ejemplo, que padres cristianos, cuando tratan de resolver o aconsejar sobre el futuro de sus hijos, pongan en primer lugar la seguridad material. Al inculcarles la preocupación por lograr a toda costa un estado económicamente seguro, sin darse cuenta les empobrecen espiritualmente, y recortan tantas ambiciones grandes —y por eso mismo, arriesgadas y audaces— propias de la juventud. Con lenguaje fuerte, el Catecismo Romano previene contra el error de muchos que *ni entienden ni atienden a otra cosa que a dejar a los hijos dinero, riquezas y un patrimonio grande y opulento, y los inclinan, no a la religión, no a la virtud, no a los estudios de las buenas letras, sino a la avaricia de amontonar muchas cosas. Ni cuidan de la dignidad ni de la salvación de sus hijos, con tal de que sean ricos y acaudalados: ¿qué se puede decir ni pensar más vil ni más indigno?*⁴⁰.

La vocación de los hijos

Llega el momento —es ley de vida— en que los hijos han de abandonar la casa paterna: unos, para crear su propio hogar —*dejará el*

(40) *Catecismo Romano*, parte III, cap. V, n. 22.

hombre a su padre y a su madre, y se unirá a una mujer ⁴¹—; otros, con una vocación más alta, para dedicarse por entero al servicio de Dios, renunciando al amor humano. En todo caso, los hijos comienzan una vida independiente de los padres, para la que han sido ya preparados dentro del ambiente doméstico. Cuando llega ese momento, la misión paterna y materna no ha concluido: deben aún orientar a los hijos con el oportuno consejo, y ayudarles con recursos humanos y sobrenaturales adecuados a esa nueva situación. Pero no pueden interferir ni coaccionar su legítima libertad. *Cuando el hijo es ya mayor* —decía nuestro Padre—, *los padres no tienen derecho a imponer nada; lo contrario es un abuso. No tienen derecho a escoger por su cuenta el camino de nuestra vida; pueden aconsejar, rezar... y dejarnos en paz. Ciertamente los padres tienen unos derechos encantadores, pero tienen también unos deberes correspondientes, también encantadores, y pretender dominar sobre los hijos adultos es contrario a esos deberes, es desconocer la dignidad humana. Son restos de feudalismo* ⁴².

Lo mejor para cada uno es seguir la propia llamada, lo que Dios ha dispuesto para él. Encontrar y seguir la propia vocación es el secreto para ser felices en la tierra y luego felicísimos en el Cielo. Sin embargo, desde un punto de vista objetivo —de la dignidad en sí de cada llamada—, es verdad de fe que la castidad en el celibato por amor de Dios es superior al matrimonio, y que por tanto aporta mayor fruto para la Iglesia y para las almas ⁴³. Los padres deben querer para sus hijos lo que Dios disponga; pero en el orden objetivo de preferencias, han de desear el mejor bien posible ⁴⁴. De ahí que promover y fomentar el florecimiento de la vocación a una entrega total a Dios es también misión de los padres. No pueden ir más allá. No les compete discernir si tienen o no esa vocación; únicamente han de formar bien la conciencia de sus hijos, ayudarles a descubrir su camino, sin forzar su voluntad. Y como se trata

(41) Genes. II, 24.

(42) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1117-1118.

(43) Cfr. Concilio de Trento, sess. XXIV, D. 980 (1810); Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 16; decr. *Perfectae caritatis*, n. 12.

(44) Los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familia, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Son para sus hijos los primeros predicadores y educadores de la fe; los forman con su palabra y su ejemplo para la vida cristiana y apostólica, les ayudan prudentemente a elegir su vocación y fomentan con todo esmero la vocación sagrada cuando la descubren en sus hijos (Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 11).

de un bien divino, sobre todo han de rezar para que Dios conceda a sus hijos luz, y conozcan y sigan lo que, por disposición divina amabilísima, les corresponda hacer en esta vida. Nuestro Fundador ha enseñado siempre que los socios del Opus Dei deben *el noventa por ciento* de su vocación a sus padres.

Ocorre a veces, sin embargo, que *aun entre aquéllos que se jactan de fe católica, no faltan muchos padres que no se resignan a la vocación de sus hijos, y combaten sin escrúpulos la llamada divina con toda clase de argumentos, incluso con medios que pueden poner en peligro, no sólo la vocación a un estado más perfecto, sino la conciencia misma y la salvación eterna de aquéllos que debían serles tan queridos*⁴⁵. En ocasiones esa oposición se debe a *un cariño seguramente noble, pero humano; porque anteponen, a toda razón sobrenatural, motivos meramente temporales; y porque desconocen la grandeza de la vida sobrenatural y la felicidad que, aun en la tierra, tienen los que se entregan al servicio de Dios. Esta oposición, por tanto, no es a última hora otra cosa que el fracaso del espíritu cristiano, en esas familias*⁴⁶.

Los padres han de saber dejar —sin omitir su consejo y sobre todo su oración—, cuando llega el momento oportuno, que sus hijas e hijos elijan libremente su propio camino, por amor a su personal vocación y a su felicidad, y también, y ante todo, por amor y obediencia a Dios, de quien son instrumentos. Mucho más han de comportarse de este modo, cuando el Señor bendice un hogar llamando a alguno de los hijos a su servicio. Entonces, aparte de otros muchos bienes, es como si Dios confirmara y aceptase la labor educadora de unos padres que han sabido disponer el alma de su hijo para que germinara la semilla divina.

* * * * *

Para mejor vivir todas las exigencias del cuarto mandamiento, los padres tienen el modelo luminoso del hogar de Nazaret. La vida de la

(45) Pío XI, Litt. enc. *Ad catholici sacerdotii*, 20-XII-1935.

(46) De nuestro Padre, Obras, II-1961, p. 11; Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 104.

Virgen y de San José estuvo dedicada por entero a Jesús: a su lado, creció el Señor *en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* ⁴⁷. María y José lo subordinaron todo a la misión que el Padre celestial había encomendado a su Unigénito. José protegió la vida del Niño, trabajó y se desveló por El. Y la Madre, Santa María, colaboró con su Hijo hasta el último instante, acompañándole al pie de la Cruz ⁴⁸.

(47) *Luc.* II, 52.

(48) *Cfr. Ioann.* XIX, 25.